

que la totalidad, ó al menos la mayor parte de los obreros actualmente ocupados, entren en el movimiento, y permanezcan fieles á él; es preciso, en segundo lugar, que el patrono no pueda reclutar otros obreros; es menester, en fin, que la tenacidad y los medios de resistencia de los huelguistas sean mayores que la tenacidad y los medios de resistencia del empresario.

Pues estas tres condiciones no pueden reunirse más que, cuando el sentimiento de la comunidad de intereses y de la solidaridad de destinos, está ya algo desarrollado en el espíritu de los asalariados; y precisamente la gran mayoría de los obreros franceses parece haber sido totalmente extraña á este sentimiento hasta cerca de 1840 ó 1845. Hasta esta época, los asalariados que habían conservado las tradiciones del régimen del pequeño taller, no sospechaban todavía que sus intereses pudieran estar separados de los de sus maestros, y todavía inconscientes de las grandes novedades de que eran á la vez testigos y víctimas, sólo estaban dispuestos á permanecer en el

como la libertad de imprenta precede todavía á la verdadera libertad de conciencia. Recientemente un publicista señalaba que nuestro país gozaba de todas las libertades que agitan y que perturban, y estaba privado de todas las que aseguran la vida normal y pacífica, y lo deploraba; el lamento era superfluo, porque es imposible que la evolución social siga un orden inverso.

aislamiento, «á fin de no entorpecer el libre juego de la concurrencia». De tiempo en tiempo, huelgas violentas, produciendo muchas veces motines, estallaban como arma suprema de desgraciados que, no habiendo sabido asociarse para defender pacíficamente sus derechos, pasaban, naturalmente, de la sumisión más pacífica á la revuelta más turbulenta. Hacia 1850, los obreros franceses comenzaron á recibir alguna educación económica. Mas conscientes de las fuerzas que, bajo el régimen del contrato individual del trabajo, deprimen la tasa de los salarios, comprendieron que el sentimiento de la comunidad de sus intereses se desarrollaba en su espíritu: y así, fueron capaces de elevarse á una forma más perfecta de cohesión; á la huelga pacífica y sin violencia.

Ciertamente que no entra en mi pensamiento legitimar las vías de hecho cometidas en el curso de las huelgas; pero me parece justo señalar, de pasada, la gran importancia de este progreso, y notar que, vista su real dificultad, no puede ser realizado más que por obreros dotados de cierta formación social. Cuando esta formación falta, jamás deja de haber obreros que por diversas razones, dignas de elogio ó de censura, disposición á la remisión, pusilanimidad, adulación, temor de correr la suerte, miseria extrema, rehusan unirse á la suspensión concertada de trabajo, ó, todavía peor, van á ofrecerse al patrono para reemplazar

á los obreros. Y tienen buen cuidado de invocar su independencia y su derecho á vender su trabajo al precio que les plazca: en todo caso, ellos hacen fracasar la tentativa de sus compañeros. Pero el día en que se renuncia el auxilio de la violencia para lograr esta unanimidad necesaria, es preciso que la voluntad espontánea de los trabajadores sirva para reemplazar la función antes atribuida á la fuerza, y todavía no es posible esta sustitución más que en los países en que la educación económica de los asalariados ha hecho notables progresos (1).

(1) «Para que una coalición sea eficaz, decía Proudhon en 1865, es preciso que sea unánime; lo que sobre esto ha prohibido la ley bajo penas severas, es atentatorio á la libertad de trabajo, porque abre la puerta á las defecciones. ¿Esperáis, obreros, mantener, contra el interés privado, contra la corrupción, contra la miseria, esta unanimidad heroica?»—Obra citada, pág. 344.—Es tan notorio que este progreso es muy difícil de realizar, que en todos los países los obreros acompañan siempre de violencias sus primeras huelgas. España se encuentra todavía en esta primera fase, y el temperamento natural de sus habitantes no está hecho para atenuar los excesos. En Sevilla, en el mes de Abril de 1901, los obreros huelguistas de las fábricas de tapones penetraron en los talleres provistos de cuchillos, y se precipitaron sobre sus camaradas que no habían querido abandonar el trabajo. Tres meses más tarde, otros huelguistas causaron tales disturbios, que hubo necesidad de proclamar el estado de sitio. Los huelguistas, que estaban todos afiliados á la Sociedad *La Libertaria*, habían jurado no reanudar el trabajo con las condiciones antiguas. Uno de ellos, Rafael

El día en que una colectividad obrera esté decidida á no recurrir en sus huelgas á la intimidación por la fuerza, no está lejos de entrar en la tercera fase, la fase de los grupos orgánicos permanentes, de los sindicatos. El empleo de la violencia material simplifica mucho la táctica de las huelgas: un grupo de huelguistas puede fácilmente saquear los talleres ó aporrear á bastonazos á los obreros que persisten en trabajar ó que vienen á ofrecer sus brazos; para tales hazañas un simple grupo tumultuario é improvisado, es suficiente. Pero el día en que se renuncia á toda violencia material, y en que se limita «á la conspiración de los brazos cruzados», la táctica de las

Cueto, faltó á este juramento: al instante sus compañeros decidieron su muerte. Se sorteó el nombre del que sería encargado de poner en ejecución la sentencia: uno llamado Pedro Romero fué el designado por la suerte, é hirió efectivamente á Rafael Cueto, que murió poco después.—*Le Temps*, 12 de Julio de 1901 (a).

(a) Es de necesidad rectificar justificadamente el juicio que el autor formula sobre la condición de las clases obreras en nuestro país; porque, comprender en un concepto general á todas las regiones y á las diferentes poblaciones industriales, constituye notoria injusticia. El espíritu de solidaridad entendido y practicado en condiciones de normalidad, de respeto al derecho, de sumisión al orden público, se manifiesta constantemente en muchas de las huelgas que á diario se producen entre nosotros, y de ello es testimonio la reciente huelga de los cargadores de los puertos que, á pesar de su carácter general y de haber trascendido á las provincias de más opuesto temperamento y de más diversa educación política, se ha producido, desarrollado y terminado dentro de la mayor tranquilidad y cordura.—(N. del T.)

huelgas se complica singularmente: es preciso que los jefes y los soldados den prueba de cualidades para las maniobras, y estas cualidades no se pueden adquirir más que si el grupo es permanente y estable. Se llega entonces al sindicato, que puede sólo establecer entre los asalariados una cohesión sólida para apoyar eficazmente las peticiones de elevación de salario, que permite elegir con discreción el momento oportuno para formular estas peticiones, y sin el cual, en fin, y, sobre todo, los patronos no sabrían sacar un provecho, apreciable siquiera, del buen éxito de su suspensión concertada de trabajo.

Pero aquí conviene evitar toda sorpresa. Así como, según la expresión popular, todos los fagotes no se asemejan, existen dos especies muy diferentes de asociaciones sindicales. Durante la tercera fase de la evolución los obreros no conciben la agrupación sindical, más que como un medio de preparar mejor la huelga, de conservar mejor sus alientos y de estar siempre preparados para la próxima embestida. Es de creer que la inmensa mayoría de los 588.832 obreros franceses que según las últimas estadísticas constituyen los 3.287 sindicatos existentes en 1.º de Enero de 1901 (1) no tienen casi otra concepción sobre

(1) En 1.º de Febrero de 1900 el número de obreros sindicados era de 492.647, repartidos en 2.685 sindicatos; durante el curso de un año, el número de sindicatos obre-

el papel de la agrupación de que forman parte. Muchos se han suscrito á ellas durante los años 1899 y 1900 porque éste era el gran período de las huelgas, y si circunstancias diversas no concurrieran á mantener el ardor de estos neófitos, las bajas serían numerosas, porque nuestros compatriotas están todavía inclinados á pensar que «el sindicato no sirve para nada, una vez terminada la huelga».

No es preciso asombrarse de este juicio: la cohesión obrera profesional no puede evitar este estadio que se podría llamar, tomando á los unionistas americanos una de sus expresiones favoritas, el estadio de los sindicatos campestres que crecen repentinamente en un día de efervescen-

ros ha aumentado, por consiguiente, en más de un 22 por 100, y el de los sindicatos cerca de un 20 por 100; esto es un acrecentamiento considerable. La propaganda de M. Millerand, Ministro de Comercio, y sus decretos sobre los consejos de trabajo han cooperado á este progreso, del que hay que felicitarse; tan sólo es chocante ver á un Ministro colectivista inclinar tan enérgicamente á los obreros hacia lo que los científicos del partido llaman «atolladero profesional». Sin duda, este movimiento sindical no está desprovisto de toda preocupación política, y los políticos más avisados no están exentos de inquietudes. La inspiración política pasará y no quedarán más que grupos puramente profesionales que renieguen de los políticos. El ejemplo de los anglosajones y la fundación reciente de una Bolsa de Trabajo independiente en París, así lo demuestran.

cia, para hacer la huelga y que, reducidos en seguida á su pequeño núcleo de fieles, no tienen, en efecto, otros medios de acción que la huelga.

Peró hay toda razón para creer que la Francia *atravesará* esta fase, como lo han hecho antes que ella las dos grandes naciones industriales, Inglaterra y los Estados Unidos, que la han precedido en la evolución económica, y que entrará, á su vez, en la cuarta fase; la de los sindicatos, verdaderos instrumentos de la paz social y de la educación de las clases obreras.

A medida que los sindicatos se hacen más fuertes y, sobre todo, más ricos, observan que los patronos se muestran mejor dispuestos á negociar con ellos amistosamente, y no afrontan á conciencia una lucha con un grupo cuando ellos observan su disciplina y sus poderosos recursos financieros.

Un industrial avisado, casi no titubea en exponerse á una huelga, cuando sabe que los huelguistas están mal disciplinados y no tienen ninguna caja apreciable; pero un sindicato rico y dirigido por un leader capaz y prudente, es un adversario con el que se tiene más inclinación á la inteligencia que á la discordia. A esta primera causa de pacificación se agrega una segunda, no menos eficaz: mientras los grupos de asalariados permanecen inestables y tumultuarios, están expuestos á sostener los agravios menos justifica-

dos, á iniciar la lucha por las causas menos serias y en el momento menos oportuno.

Por el contrario, un sindicato estable y poderoso, no formula ninguna demanda á la ligera, porque después de haberla formulado, su prestigio será igualmente menoscabado si no la sostiene después de más madura reflexión, ó si es definitivamente vencido, después de haber declarado la huelga para sostenerla.

Esta dichosa condición no es todavía la de los sindicatos franceses. Por esto no debemos sorprendernos; el movimiento sindical es todavía muy reciente en nuestro país, y es sabido que hacia 1884 no existía más que un pequeño número de asociaciones obreras viviendo bajo el régimen, siempre revocable, de la Administración.

Las *Trade's Unions* anglosajonas, cuya hermosa disposición excita la envidia y la admiración de tantos de nuestros compatriotas esclarecidos, no han llegado á su perfección actual más que después de grandes dificultades, de choques y de huelgas de terrible violencia. ¡Cuántos grupos anárquicos, cuántos movimientos tumultuarios, han precedido á las asociaciones hoy tan maravillosamente disciplinadas, cuántas utopías y aspiraciones insensatas han precedido á la sabia moderación actual! Por otra parte, se pueden ya percibir en muchos sindicatos franceses los pri-

meros lineamientos de una organización más metódica y más pacífica. Para no citar más que un ejemplo, el sindicato de los mineros, en el que comienza á prevalecer la dichosa práctica del *referéndum*, no manifiesta por las huelgas más que una simpatía mitigada; el ardor bélico de antaño parece calmado.

Es preciso no olvidar la colaboración de un factor de verdadera importancia, que es la fuerza de las cosas. La experiencia es un maestro incomparable, y las fuerzas económicas no experimentan ningún obstáculo para triunfar de nuestros prejuicios y de nuestras utopías.

*
* *

Es preciso, por tanto, no desconocer que el tránsito del régimen del sindicato campesino al régimen del sindicato estable, disciplinado y rico, presenta una muy seria dificultad que olvidan á menudo los que reprochan á nuestros sindicatos, que consideran la huelga como su principal medio de acción. La observación demuestra, en efecto que, si es ya difícil arrastrar *sin violencia* á una masa de obreros de la misma profesión á una suspensión concertada de trabajo, es mucho más difícil todavía hacerles inscribir entre los miembros de una asociación que sólo obra discretamente y que exige el pago de una cuota semanal. En este segundo caso la lucha entre el

interés individual *aparente* y el interés colectivo es muy aguda.

Para un obrero, es fácil mantener el curso del trabajo... mientras la industria atraviesa un período de prosperidad y los empresarios quieren comprar más trabajo del que se les ofrece en el mercado. Pero estos períodos son cortos, y en tiempo normal, sin hablar siquiera de los períodos de crisis comercial, un obrero está poco dispuesto á comprender que no debe buscar el trabajo con rebaja, que el interés colectivo se confunde con su interés personal, y, sobre todo, está menos dispuesto todavía á conformar su conducta á este principio. En efecto, ¿cómo se resolverá á rehusar por su trabajo el precio de tres francos sesenta y cinco céntimos, bajo pretexto de que el curso debe ser de cuatro francos, mientras esté en la desnudez y tenga la certeza de que otro compañero menos virtuoso, menos instruído ó menos torpe, se apresurará á aceptar el salario que él rechaza? El mal producido á la colectividad no será menor, y él quedará sin pan que dar á su mujer y á sus hijos. Más tarde, cuando el sindicato tendrá reclutada la mayoría, ó al menos una porción importante, de obreros de la profesión, será fácil observar una consigna, en virtud de la que cada uno apreciará el valor y los provechos de la organización; pero hasta que este momento llegue, y sobre todo al comienzo de

los esfuerzos en pro de la organización de un grupo permanente, la dificultad es extrema.

Para convencerse basta con mirar en derredor todos los movimientos que requiere el acuerdo de un gran número de personas habituadas á competir entre sí: la mayor parte no pueden triunfar ó triunfan á cambio de los esfuerzos más perseverantes.

Cuando se pregunta á los farmacéuticos ó á los tenderos de comestibles de París ó de provincias, por qué sus almacenes permanecen abiertos el domingo, ellos saben que el descanso dominical sería un inmenso beneficio para ellos y para sus empleados; no ignoran que la clientela tomaría en seguida sus medidas para hacer en uno de los otros seis días de la semana las compras que actualmente hace el séptimo; la cifra de ventas no disminuiría en un solo céntimo y los gastos generales, disminuídos, dejarían un beneficio líquido superior. De esto nadie duda; pero cada uno responde: «yo cerraría si todos mis concurrentes cerrasen; comprended que yo no quiero ser engañado...» Y así se perpetúa indefinidamente un régimen absurdo de trabajo. ¿Por qué la multitud chillona se precipita con tanta furia hacia las puertas del teatro, cuya escena acaba de ser atravesada por un grupo de llamas siniestras? Esa multitud compromete doblemente el salvamento de todos, por el pataleo horroroso sobre las mu-

ñeres y los niños derribados, y por el retraso en la salida.

Nadie duda de que esta conducta no sea absurda *colectivamente*, y, sin embargo, cada uno la adopta *individualmente*, porque no quiere ser engañado. ¡Cuántos otros ejemplos podrían ser citados á continuación de éste!

La dificultad que los obreros de la gran industria deben vencer para agruparse en una asociación sindical permanente es muy parecida. Asimismo está singularmente ampliada por estas dos circunstancias: que el número de concurrentes es inmenso, y que por muchos obreros que vivan al día, *from hand to mouth*, como dicen los ingleses, la necesidad de ganar hoy un salario, aunque sea insignificante, es tan urgente, que ésta debe fatalmente triunfar de todos los razonamientos contrarios. Si veinte farmacéuticos, que tienen algunos recursos, no son capaces de entenderse, ¿qué esfuerzos no habrá necesidad de realizar para establecer entre muchos miles de asalariados miseriosos un acuerdo permanente?

Sin embargo, la dificultad no es tan invencible, y basta para triunfar con adquirir las cualidades que en Inglaterra y en los Estados Unidos han asegurado el éxito de tantas asociaciones obreras prósperas y poderosas. M. Paul de Rousiers, que ha observado con una atención especial las *Trade's Unions* inglesas, reduce á tres las

cualidades que distinguen á los secretarios de estas Uniones.

Por una parte, poseen un sentido práctico muy seguro, un excelente buen sentido y más exactamente una disposición, muy señalada, á buscar preferentemente las mejoras *actualmente* compatibles con el estado social y á sacar partido de las ventajas actuales que este estado social puede ofrecer.

«La primera de las cualidades que se advierten entre ellos—dice M. Paul de Roussiers—es un espíritu práctico, claro y preciso, el sentimiento de la posibilidad, el buen sentido firme lindando con el esfuerzo eficaz.

»M. Tomás Burt, secretario parlamentario del *Board of Trade*, en el Ministerio Gladstone, un antiguo obrero minero que ha trabajado con sus manos, que ha manejado la piqueta en el fondo de la mina, decía á los delegados de las *Trade's Unions*, en su discurso de apertura del Congreso de Newcastle, en 1891: «No os inquietéis jamás por lo que no podáis alcanzar y no os turbéis por lo que no podáis evitar.» No podría resumirse mejor el estado de espíritu con que los *leaders* obreros abordan las dificultades de su tarea. Comienzan por descartar todo lo que está visiblemente fuera de la esfera inmediata de su acción; aceptan provisionalmente los males inevitables y concentran todos sus esfuerzos en las reformas

posibles. Los mismos que creen en la necesidad de un cambio social profundo, y que participan de las más avanzadas teorías socialistas, conservan en su espíritu el sueño ideal, pero se aplican, en el dominio de los hechos, á obtener resultados parciales.

El mismo sentido práctico, tan seguro, dirige los esfuerzos de los secretarios de las Uniones americanas.

Hace cuatro años encontré en París á M. Sullivan, secretario de la Unión Tipográfica Internacional de Nueva York y uno de los principales promovedores de esta admirable asociación. Le hablé de la introducción del linotipo, maravillosa máquina para componer, que permite á un solo obrero realizar más trabajo que el de tres compositores; y le pregunté cuál había sido la actitud de su sindicato frente á esta máquina nueva, que amenazaba de paro á un número considerable de sus miembros; la cuestión tenía para mí un especial interés por saber que en aquel mismo momento un periódico de París acababa de renunciar al empleo de esta máquina, merced á la amenazada hostilidad de sus obreros tipógrafos. M. Sullivan me dió textualmente la siguiente respuesta: «Nuestro sindicato no ha pensado ni por un momento en impedir á los patronos el uso de la nueva máquina. En el estado actual de la industria no impide á un patrono adoptar un útil perfeccio-

nado, como no se impide la salida del sol. Únicamente hemos dicho á los patronos: El linotipo os permite realizar una notable economía en la mano de obra: puesto que vais á despedir á muchos de nuestros compañeros, os pedimos tan sólo un aumento de salario para todos los obreros que llevarán la máquina. No sería justo que toda la ganancia fuera para vosotros, porque no habéis sido vosotros los inventores del linotipo, y no tenéis más que el mérito, bastante pequeño, de reconocerlo y de introducirlo en vuestro taller. Así se convino. Nosotros hemos pagado la indemnización de paro de nuestros camaradas sin trabajo, y como el número de éstos era muy elevado, hemos establecido sobre todos nuestros miembros un recargo suplementario de un 1 por 100 sobre los salarios. Así hemos atravesado la crisis, encontrando una parte de nuestros compañeros empleo en otros oficios, habiendo podido otra vez volver á los mismos talleres de imprenta á medida de las vacantes, puesto que está convenido con los patronos que todos sus obreros deben ser miembros de nuestra Unión Tipográfica.»

Se deterioraría esta respuesta comentándola; ella demuestra cómo los hombres dotados de un gran sentido práctico y que conforman su acción á las exigencias de las fuerzas económicas, pueden atravesar, sin grave malestar, una crisis que

en otros lugares ha sido acompañada de turbulencias, tal vez de la efusión de sangre, y en todo caso de indecibles sufrimientos.

Guiados por este sentido práctico, por esta clara determinación de lo posible y de lo realizable, los secretarios de estas Uniones inglesas y americanas han dirigido sus esfuerzos á los tres objetos siguientes: la disminución del paro, la elevación del salario, la reducción de la jornada de trabajo; y sobre estos tres puntos han obtenido importantes concesiones.

Sin duda que este triple progreso parecerá despreciable á los que tratan de reformar enteramente la sociedad, de exterminar el capitalismo y de poner fin á la concurrencia con la conquista del poder; pero es permitido pensar que una acción eficaz vale más que una excursión al país de las quimeras. Asegurar al obrero de la gran industria su pan y su manteca *bread and butter*, como dicen los ingleses, su pan cotidiano, como más modestamente decimos nosotros; es decir, organizar un régimen de trabajo tal, que, mediante una labor normal y razonable, el asalariado pueda procurarse la satisfacción de sus necesidades reales y normales, desarrolladas y limitadas á la vez por la conciencia y por el grado actual de adelanto de la Humanidad; tal es la tarea á que se dedican en los Estados Unidos y en Inglaterra los *leaders* del movimiento

tradeunionista. Y ello es ciertamente bastante noble para seducir á los espíritus más elevados.

El sentido práctico, el buen sentido, por desarrollado que esté, no basta para la conducta de la vida, si no está esclarecido por el conocimiento exacto del medio en que se ejerce su actividad y de los auxilios con que pueda contar y de las fuerzas hostiles de que deba triunfar. Pues este conocimiento no puede ser adquirido más que por el estudio, la lectura, la reflexión; en una palabra, por una suficiente cultura intelectual; y esta es la segunda cualidad de los secretarios de las Uniones inglesas. Cuando se conversa con ellos sorprende observar la variedad y la extensión de sus conocimientos filosóficos, literarios ó históricos, y la sorpresa no hace más que crecer cuando se ven su biblioteca y los títulos variados de las obras que la llenan. Evidentemente, esta cultura general, aunque poco profunda, contribuye á ensanchar su espíritu, á dominarlo y á preservarlo de las concepciones estrechas ó de los juicios vulgares que germinan en los espíritus incultos.

Por último, los secretarios de las Uniones inglesas poseen una tercera cualidad que aumenta y ennoblece singularmente su poder de acción; tienen un vivo sentimiento de la dignidad humana, del deber y de la responsabilidad. Profesan y proclaman que el hombre tiene sobre esta tie-

rra deberes que cumplir, que esta labor no le ha sido impuesta injustamente, porque es libre, y que depende de él no faltar á sus obligaciones, respetándose á sí mismo y respetando á sus semejantes al tener conciencia de la eminente dignidad de todo hombre que cultiva sus facultades naturales. Estos sentimientos crecen en ellos espontáneamente por el ejercicio mismo de sus funciones. Y por ellos se pueden apreciar estas dos verdades esenciales: la primera, que el mejoramiento de las condiciones materiales de la existencia del asalariado es inútil y puede ser perjudicial si no está acompañada de un perfeccionamiento paralelo de su naturaleza y de un desenvolvimiento simétrico de sus facultades; la segunda, que este mejoramiento de condiciones materiales puede mantenerse y progresar tanto más fácilmente cuanto más se eleve la masa de los obreros á un nivel superior de moralidad, teniendo por efecto la inmoralidad el hacer inútiles y comprometer los resultados ya adquiridos. Esta segunda verdad ha sido ya objeto, á propósito de la ley de los salarios, de explicaciones suficientes, y no es necesario insistir sobre ellas. No es menos cierto que si los salarios bajos y las fatigas de un trabajo aplastante conducen fatalmente á la inmoralidad y á la degradación de las colectividades obreras, privándoles de los bienes exteriores, *cuyo uso es requerido por el uso de la vir-*

tud (1), la inmoralidad y la degradación, favorecen los salarios bajos y el prolongamiento abusivo de la jornada de trabajo; hay acción y reacción, y en cada fenómeno se encuentran á la vez la causa y el efecto. Largamente se podría discutir qué debiera ser primeramente modificado, si la condición del obrero ó la duración y precio del trabajo. Los leaders del tradeunionismo inglés han dejado aparte esta vana disputa, y están resueltamente enfrente del mal moral, á fin de luchar mejor contra el mal económico; entendiendo que, en la mayor parte de los oficios, los asalariados obtienen y conquistan el precio de salario que merecen tener, y, cuando el deseo de arreglar una vida conforme á la dignidad humana, sea verdaderamente experimentado por la gran mayoría de los obreros de una profesión determinada, es evidente que el precio de los salarios se elevará paralelamente.

También la gran mayoría de los secretarios de las Uniones inglesas no se detiene, y su concepción de la dignidad y de la responsabilidad del hombre les enseña que el mejoramiento de la condición material de la existencia no es el objeto, sino el medio propio para conducir al hombre hacia un desenvolvimiento más completo y

(1) Santo Tomás. De Reg. princip., 1 c. XV, citado en la Encíclica *Rerum Novarum*.

más armónico de sus facultades intelectuales, estéticas y morales. ¿De qué serviría la elevación de los salarios y el descanso más prolongado si el aumento de recursos y de tiempo no había de aprovechar más que para gastos y ocupaciones inmorales? El mal social, lejos de atenuarse, adquiriría nuevo desarrollo. Por eso no es de extrañar el vigor con que los leaders ingleses han atacado los dos formidables azotes de los obreros de la Gran Bretaña, la apuesta—especialmente en las carreras—y la taberna. Un día oí á Ben Tillet, secretario de la Unión del puerto de Londres, y decía: «¿Creéis, amigos míos—dirigiéndose á su inmenso auditorio, con un lenguaje de sabrosa crudeza, que es imposible conservar aquí—, creéis que si luchamos con tanto ardor, que si hacemos tantos esfuerzos por agruparos, que si libramos tantas batallas con los patronos es tan sólo por haceros ganar 30 ó 40 céntimos más por día? ¿De qué serviría esto si hubieseis de continuar apostando en las carreras ó embriagándoos en las tabernas? ¡Hermoso resultado sería éste! No, mis amigos, sabédlo bien; lo que nosotros queremos, lo que nos falta obtener es que os elevéis á una vida mejor, á una vida más conforme con la dignidad de la especie humana. Y durante media hora el secretario de la Unión de los Dockers desarrolló con gran riqueza de argumentos y de imágenes este tema favorito,

que tal vez trataba por milésima vez. Así las Trade's Unions persiguen sin descanso esta lucha contra la inmoralidad y la holgazanería.

Un gran número de sus secretarios son ó han sido *local preachers*, es decir, que por la tarde y el domingo tienen la costumbre de exhortar á sus semejantes á una vida mejor, tomando la palabra en las pequeñas reuniones privadas, desde luego, y en las iglesias después. «Todos los domingos, me decía M. Alberto Stanley, secretario de una Unión local de mineros, consagro una importante parte del día á predicar, y cuando por extraordinaria circunstancia no puedo hacerlo, estoy muy descontento de mi domingo; así es que no falto más que muy raras veces, escasamente tres ó cuatro durante el año», y M. Estanley era demasiado modesto para añadir que, aunque todavía joven, realizaba esta noble tarea desde hacía once años y que se prometía continuarla durante largo tiempo (1).

Tales son las tres cualidades principales que poseen en Inglaterra y en los Estados Unidos la mayor parte de los secretarios de las *Trade's Unions*, y que en grados diversos se encuentran también en un gran número de miembros de estas

(1) En la mayor parte de los leaders obreros ingleses la elevación moral se apoya en firmes convicciones religiosas. Paúl de Roussiers, ob. cit, pág. 32.

asociaciones. Incumbe á los obreros franceses desarrollar entre sí parecida educación intelectual y moral; los que la tengan adquirida serán á su vez capaces de constituir verdaderos sindicatos. Entonces, como hoy, sus asociaciones tendrán el mismo nombre, pero ¡cuánto diferirán la táctica y la importancia de los resultados obtenidos! El ejemplo de sus compañeros de lengua inglesa les demuestra la necesidad y la posibilidad de esta grande obra educativa. Que emprendan, pues, sin temor, una tarea tan hermosa, pero que se guarden también de desconocer la urgencia ó de creer que otras «combinaciones» pueden realizarse con mejor éxito.